

Cualquier cosa es posible mediante su Gracia

(Por Eruch Jessawala)

Es sencillo decir que vivir con Baba debió haber sido fácil, y muchos de ustedes lo piensan y sus mentes y corazones están seguros de eso. Sin embargo, eso no les describe correctamente nuestra vida con Baba. En realidad, nuestra vida era muy penosa y humillante. Esa certidumbre vino con el tiempo, no fue algo que se desarrolló de la noche a la mañana. Y Baba tampoco hizo que nos fuera fácil. Baba nos pedía que hiciéramos algo por Él y no quería que tuviéramos esta actitud: “Bueno, Baba nos ha pedido que lo hagamos, pero no tengo que preocuparme porque, si Él quiere que se haga, se hará”. No, Baba quería que hiciéramos todo lo posible y nos esforzáramos totalmente, y cuando no lo lográbamos, expresaba su contrariedad y su desagrado, y su ira si sabía que realmente no lo habíamos intentado de todo corazón. Baba no quería que nos preocupáramos, es verdad, pero quería que nos tomáramos todas las molestias posibles para ver que la tarea que nos había encomendado sea cumplida. Y esto no es fácil.

Además de esto, Baba nos pedía que hiciéramos cosas que nosotros sabíamos que eran imposibles. Yo era una persona de este mundo. Entonces, cuando Baba nos daba ese tipo de órdenes, yo sabía bien que eran imposibles, y que nadie las aceptaría. Sin embargo, nos ordenaba que las cumpliéramos.

Y entiéndanme que no podíamos emprender eso con vacilaciones. Nosotros nunca podríamos haber hecho el trabajo que hicimos si hubiéramos encarado a alguien muy tímidamente, disculpándonos y hablando suavemente. Teníamos que ser intrépidos, después de todo éramos los emisarios del Emperador, y aunque en lo más recóndito de nuestro corazón sintiéramos que la orden era imposible, debíamos cumplirla con solicitud, sin importar lo extraña que ésta pudiera ser.

Durante la Nueva Vida, una fase del trabajo de Baba consistió en obsequiar dinero a la gente. Baba hizo en ese entonces mucho trabajo de esa índole. Recuerden que Él salió de la Vieja Vida durante un día, durante el cual recaudó dinero. Y después pasó meses recorriendo la India y obsequiando ese dinero.

Sea como fuere, Baba me había enviado a Kanpur. Y yo debía hacer arreglos para que ciento cincuenta personas pobres, pero mecedoras de ello, acudieran juntas para que Baba pudiera darles dinero. Por supuesto, yo no podía mencionar el nombre

de Baba, y lo único que decía era: “Mi hermano mayor”. Y no podía hacer mención alguna de que Baba iba a prosternarse ante ellas porque entonces ninguna habría estado de acuerdo. Eso lo dejaríamos para ese mismo día. Una vez que estuvieran ahí y tuvieran el dinero delante de ellas, entonces les explicaría que mi hermano mayor quería prosternarse ante cada uno de ellos y que después de ello debían retirarse, puede decirse, que en ese momento sería demasiado tarde para que se negaran.

Ahora bien, yo había ido a Kanpur y Baba iba a llegar dos días después, por lo que tuve que hacer todos los arreglos en ese lapso. Lo primero que tuve que establecer era dónde eso podía tener lugar. Ustedes saben que no hacíamos esto en una calle, al alcance de todos. Cuando recorrí la ciudad, vi un pequeño edificio en medio de un parque. Pensé que eso estaría bien, porque no era demasiado público, era un poco aislado, y ese sería el mejor sitio para este programa.

A continuación yo tenía que encontrar ciento cincuenta pobres, y Baba era siempre muy exigente. No teníamos que redondear solamente unas ciento cincuenta personas, sino que tenían que ser muy merecedoras. Los pobres no escasean en la India. Pero cuando Baba decía “merecedoras” no se refería a quienes mendigaban por las calles ni a quienes estaban pidiendo limosna. Por el contrario, lo característico de estas personas es que son reacias a aceptar ayuda aunque se la ofrezcan. Esto puede convertirlas en merecedoras pero esto también hace que sea muy difícil encontrarlas. Ahora bien, yo sabía que no sería capaz de encontrar en dos días a ciento cincuenta personas de esa índole en un sitio con el que no estaba familiarizado. Entonces tomé contacto en esa zona con individuos animados por similares pensamientos, y con su ayuda empecé a ir de un lugar a otro entrevistando personas. Esto no consistía en dos días de trabajo. Era un trabajo de una semana, pero lo hicimos sin descansar durante las veinticuatro horas del día. Nos enterábamos de personas que trabajaban con ahínco y realmente se empeñaban pero por diversas razones no podían llegar a fin de mes, y yo me conmovía y les daba un boleto que las acreditaba como una de las ciento cincuenta seleccionadas. Y resultó así. En la tarde del segundo día había escogido a todas las ciento cincuenta personas. Les había dado los boletos a todos y les había dicho que estuvieran en el parque en la mañana siguiente a tal hora, y que mi hermano mayor estaría ahí y les daría el dinero.

Entonces fui al parque para asegurarme de que podría utilizar el edificio, y pregunté a los custodios quién era el dueño. Me dijeron que se trataba de un edificio municipal, por lo que si quería el permiso, debía acudir a la municipalidad, pues eran los únicos custodios.

Entonces fui a ver a las autoridades municipales y les expuse mi caso. Les dije que mi hermano mayor había acordado que ciento cincuenta personas pobres se

encontraran en el parque y quería darles una importante suma de dinero, y les pregunté si podríamos usar el edificio. Ya era la tarde anterior a la llegada de Baba y ya había tomado contacto con las ciento cincuenta personas y les había dicho a todas que estuvieran allí en la mañana siguiente. Vean en qué situación estaba yo. Era demasiado tarde para hacer cualquier otro arreglo, y entonces las autoridades municipales me dicen que no puedo usar el edificio.

“¿Por qué no? Quiero saberlo”. Ellos me dicen: “Eso es demasiado peligroso”. “¿Cómo que es peligroso?” Y me explican que ha habido tensiones entre las comunidades, y disturbios, y que se había promulgado la orden de que no se permitirían las reuniones públicas. Por supuesto, estaba bien que hubiera gente que acudiera al parque y caminara allí, pero era contra la ley convocar específicamente para que se juntaran ciento cincuenta personas.

Lógicamente, discutí con ellos, pero se negaron a darme el permiso. ¿Pero qué podía hacer yo? Tuve que seguir discutiendo hasta que, al final, me dicen: “Si usted todavía quiere intentarlo, tendrá que ir a ver al alcalde. Él es el único que podrá darle permiso, porque nosotros no se lo daremos”.

Ya eran cerca de las seis de la tarde. El alcalde no estaría en su despacho. Baba vendría a la mañana siguiente y no habría tiempo para ver mañana al alcalde; entonces averiguo dónde vive el alcalde y voy a su casa. Golpeo la puerta y anuncio que tengo que discutir con él asuntos importantes y urgentes. Así es como debíamos actuar. De lo contrario ni siquiera me hubieran dejado entrar. El sirviente del alcalde me habría echado o me habría dicho que me dirigiera al día siguiente al despacho del alcalde. Pero di la sensación de que yo tenía que discutir algo muy importante, y entonces me hicieron entrar.

Me pongo a discutir con el alcalde. “Eso es imposible,” me dice. “La orden ha sido promulgada, y eso es demasiado peligroso.” “Por el contrario,” le digo, “esto ayudará a calmar las tensiones. Será menos probable que cualquier agitador influya sobre estas personas porque sus necesidades inmediatas serán satisfechas durante el mes próximo.” Adviertan que Baba iba a dar ciento cincuenta rupias a cada persona, y que esa era una suma importante en aquella época.

Pero el alcalde no estaba convencido. Le dije que de ninguna manera estábamos involucrados en política, y que se trataba de una mera acción filantrópica. Y entonces me puse a echarle la culpa de todo a Baba. Dije: “Pero mi hermano mayor ya ha tomado contacto con la gente y organizado ya el programa que tendrá lugar mañana en el parque, y ya es demasiado tarde para cambiar lo programado”. “¿Pero quién es su hermano mayor para disponer estas cosas sin consultar primeramente a las autoridades?,” me preguntó el alcalde. “¿Pero quién es usted para impedir que

ciento cincuenta ciudadanos suyos reciban un auxilio oportuno como éste?," repliqué, y así siguió la cosa.

Me dijo varias veces "No" muy enfáticamente, y que nuestra entrevista había terminado y debía retirarme. Pero yo seguí discutiendo con él, señalándole que eso no iba a causar problema alguno y que, por el contrario, mejoraría la situación, haría que los ciudadanos se sintieran mejor, redundaría en favor de él que ese programa tuviera lugar, etcétera, etcétera. No sé cuánto tiempo me quedé allí. Puede decirse que fue un buen rato, o que fueron horas.

Finalmente el alcalde se incorporó y dio la vuelta a su escritorio. Yo también me incorporé. Después de todo, él era el alcalde y debía mostrarle un poco de respeto. Pensé que me iba a echar, pero se acercó a mí, me tendió los brazos y me abrazó. "Nunca en mi vida conocí a una persona tan persuasiva e insistente," me dijo. "Si su hermano mayor quiere su programa, ¡adelante, que lo tenga!"

Entonces, a la mañana siguiente, cuando Baba llegó, el programa se desarrolló sin obstáculos. Y así sucedió todas las veces. Sucedió cuanto Baba quería. Pero no podíamos tener solamente fe en eso y después no intentarlo de todo corazón. Puedo decir que teníamos que intentarlo de la mejor manera posible y hacer esfuerzos hercúleos, y aunque eso funcionaba siempre, no significaba que yo no estuviera inquieto. Les digo que tenía mucho miedo de que se me dijera que no y de tener que decírselo luego a Baba.